



JAIME ALLENDE

# CASTILLOS DE MADERA

Corrían los años 50 cuando Jaime Allende se encontró con lo que sería su primera obra y primer trabajo como ingeniero: la construcción de una población en el Valle de Colcura. Entre altos y bajos, la obra se concretó con éxito, lo mismo ocurrió con una cantera improvisada que montó cuando el puente del Bío-Bío se vino abajo.

Por Daniela Hernández Rodríguez • Fotos Vivi Peláez

**L**a historia de Jaime Allende comienza en Concepción, ahí nació y vivió sus primeros años. Sin embargo la naturaleza se encargaría de llevar sus pasos a Santiago.

En el año 39, mientras Jaime aún asistía al colegio de los Padres Franceses, hubo un gran terremoto que obligó a sus padres a mudarse a la capital y a Jaime a iniciar una nueva vida “como santiaguino”. Ingresó a los Padres Franceses de Santiago y luego a la Universidad de Chile, en donde estudió Ingeniería Civil con mención en Hidráulica.

Una vez egresado, el destino lo llevaría nuevamente a la Octava Región. Específicamente a Colcura. “Mi primer trabajo, más que mi primera obra, fue la construcción de un conjunto de obras. Me contrataron de la forestal Colcura, una filial de la Compañía Lota, en el año 1955. Hace más de cincuenta años”. El trabajo mezclaba la parte agrícola con la construcción, lo cual era un aliciente para Jaime, quien siempre fue “más agricultor que ingeniero”. Una vez instalado en Colcura le dijeron lo que debía hacer. “Me encontré con que me ponían a cargo de un departamento de obras nuevas y lo primero que había que construir era una población completa que llevaba un aserradero con galpones, hornos, en fin. El problema era que yo nunca había construido nada y no tenía relación con la ingeniería.

Mi padre era agricultor, así que no conocía mucho de eso. De hecho nunca había visto una mezcladora de concreto”.

Así las cosas, Jaime habló con sus jefes para comentarles la situación. “Para mí era un problema muy serio y lo hice ver. Y me dijeron que no me preocupara”. Pese a eso y a que no había ningún experto con el cual asesorarse, se inició la construcción. “Busqué un jefe de obras que supiera del asunto y comenzamos las obras”. Una de las más complicadas fue la construcción de una chimenea de veinte metros de altura por uno de diámetro. Todo indicaba que el levantamiento de andamios era evidente. “Había que hacer andamios, castillos de madera, lo que me pareció un disparate. Tenía que ser así porque en ese tiempo no existían plumas que levantaran los tubos. Así que me las ingenié para ir avanzando a medida que lo íbamos armando y subiendo una plataforma de madera desde donde levantábamos los tubos que no eran tan pesados”. Fue un trabajo de equilibrio, recuerda y no era fácil; “todos los días teníamos que subir por la escalerita, ver si los pernos quedaban bien puestos, apretados, etc. Y al llegar a los veinte metros, desde arriba se veía un puntito. Pero fue interesante y ocupamos una cantidad enorme de madera”.

En ese tiempo, todo se trataba de desafíos y de ingenio. Así lo hizo, y no sólo con la chimenea. “También me tocó construir un galpón de 20 metros de ancho y lógicamente, como éramos madereros, la estructura que

soportara el techo tenía que ser resistente. Aplicando los conocimientos calculé y me dio una estructura tan liviana, tan delgada, que me pareció difícil que fuera a resistir y pensé ¿habrá algún error?”. Con esa idea en la cabeza Jaime armó una cercha, la afirmó en los dos extremos e hizo que veinte personas se pararan sobre ella. La estructura resistió sin problemas el peso. Sin embargo, su firmeza no era del todo convincente, así que optó por ir a echar un vistazo a un galpón cercano. Lo que encontró lo dejó aún más intranquilo. “Había un galpón cerca que era más o menos de las mismas características y la verdad es que tenía cinco o diez veces más madera. Fui a hablar con un ingeniero, el único, porque había muchos técnicos ingleses y la mayoría eran ingenieros en minas. Me dijo que el cálculo estaba perfecto, pero que me había saltado el coeficiente de seguridad. ¿Qué coeficiente de seguridad?”, le dije. El ingeniero le aclaró a Jaime que el coeficiente de seguridad era para prevenir daños que pudiera tener la madera o la edificación de la estructura. “Me dijo ‘mire, el único amigo del ingeniero es el coeficiente de seguridad, úselo!’. Bueno, no lo usé totalmente”.

“Multipliqué por cinco o por diez y quedé algo más parecido al galpón que estaba ahí. La verdad es que muchos años después hubo una nevazón muy grande en Rancagua y vi hundirse los galpones uno tras otro por el peso de la nieve. Ni siquiera el coeficiente de seguridad sirvió para aguantar”.

La estadía de Jaime Allende en Colcura fue de alrededor de dos años. En ese período terminó la población que le habían encomendado y se dedicó a otras cosas. Una muy importante fue una improvisada obra que surgiría a raíz del desplome de un puente. “El año 55 se cayó el puente Bío-Bío. En la minera Lota estaban concretando los piques de las galerías por donde se sacaba el carbón, que tienen como 500 metros de profundidad”. Para hacer esta operación se usaba chancado (ripio), el cual se traía desde la empresa Lonco, en Concepción. Y como el puente estaba inutilizable, narra Jaime, la única opción era

cargar los camiones, pasar su contenido al ferrocarril y descargarlos a otro camión para llevarlo a la obra. Todo eso tenía un costo muy elevado, así que se puso a pensar en algo. “Y se me ocurrió. Como yo hacía los caminos y aparecían algunos cortes de roca buena, aunque escasos, porque la roca de la cordillera de la Costa es muy mala, fui a proponerle al administrador que yo le podía entregar el chanco. ‘¿Pero cómo? Usted es empleado’, me dijo. Le expliqué cómo conseguiría el chanco y que necesitaba plata para comprar las máquinas”. El problema para ellos era que cómo su empresa le iba a

prestar plata a un empleado.

Jaime no insistió. Tomó sus cosas y se fue. Un par de días después lo llamaron para preguntarle cómo haría la entrega y producción del chanco. Él respondió y como todo estaba detenido, la empresa accedió. “Ese fue mi primer emprendimiento. Puse la cantera, compré las máquinas, me junté con Carlos Cousiño y Alfredo Ugarte y partimos con la cantera de chanco. Era muy primitiva, ganaba más plata con la cantera que con mi trabajo, pero igual seguía. Después se arregló el puente y se acabó el negocio. Igual volví a Santiago lleno de plata”, finaliza. **EC**

